

Ana Navajas

Estás muy callada hoy





Seix Barral Biblioteca Breve

Ana Navajas

Estás muy callada hoy

1

El cementerio donde está enterrada mi mamá es mi jardín favorito. Tiene árboles añejos con lianas y orquídeas escondidas, mucha sombra y a sus pies una laguna encantada. Algunos piensan que tiene fantasmas, es un poco escalofriante. Para mí solo tiene magia. Para algunos enamorados también. Se corre la bola de que en el pueblo lo usan como Villa Cariño.

Mi hermano arquitecto hoy estaba cortando con una sierra un molde en telgopor: estaba imitando la forma irregular que tienen las lápidas originales de mi familia en el cementerio, particulares menhires de granito negro, como arrancados de su bloque primitivo y solo pulidos en el frente, como quien no quiere la cosa, para poner el nombre del muerto. Pero ya no se consiguen, como muchas otras cosas. Con ese mol-

de, los va a imitar después en hormigón y va a forrar solo el frente con una placa fina de granito: va a quedar bien. Papá, por supuesto, tiene guardada para él una de las lápidas originales, que hace juego con la de mamá y las de todos los demás familiares enterrados ahí: mi abuelo, mi abuela, mis bisabuelos, mis dos tíos, una tía, una prima, entre otros. También tiene armada la cortina musical para su entierro, un tema de jazz elegido para el preciso momento en que bajen el cajón. Es de Avishai Cohen, se llama *Remembering* y, exactamente en el minuto 2.01, todos los instrumentos se detienen: el piano, el contrabajo, la batería. Solo queda un eco. Es ahí, dice papá, sosteniendo sus dos manos en el aire como un director de orquesta: en ese preciso instante el cajón tiene que frenar y quedar suspendido en el aire, igual que los instrumentos, y después, nos indica haciendo con sus manos el ademán de arriar unas sogas, retomar la trayectoria hasta llegar a tierra. Tiene todo preparado para la fiesta.

Mamá, pobre, solo había pedido que la cremaran. Murió en Buenos Aires después de tres años de un cáncer atroz, un viernes 25 de mayo, al mediodía de un fin de semana largo que se anticipaba larguísimo. Cuando llamamos a la funeraria nos informaron que, por el feriado, la cremación iba a retrasarse tres días, y por ende también el entierro. Un horror, mamá ahí

muerta esperando, ¿y nosotros qué hacemos mientras tanto? Estábamos mi papá y los cinco hermanos en ronda en el pasillo. Yo dije, usando una de las frases terminantes típicas de mamá: de ninguna manera. No la cremamos nada. Mañana mismo salimos para allá en auto. Y pasado es el entierro. El mundo es de los vivos. Nos miramos aliviados. Mi hermana menor dijo: ¿les parece bien no cumplir su última voluntad? Me recontraparece, le contesté.

De inmediato empezamos a coordinar la logística del traslado. Una caravana fúnebre al litoral: después de todo somos especialistas en encadenarnos uno atrás de otro, como esos esclavos con grilletes arrastrándose en fila. Fue el fin de la cuestión. Esa noche papá durmió en su cama y al lado mamá, muerta. Fue su última noche en casa. Yo me arrepiento de haberle dado un beso en la frente; estaba helada.

A mamá no le gustaba la música, pero la noche anterior al entierro papá estuvo horas frente a su computadora, con los auriculares puestos, hasta que encontró la pieza perfecta: *Be my love*, de Keith Jarrett. Un solo de piano. Al día siguiente, papá acercó el auto al pozo que habían cavado para el féretro, puso la música y abrió las cuatro puertas. Cuando estaba viva, mamá siempre le pedía que bajara el volumen. Sin embargo creo que esta última declaración de amor le hubiera gustado. El monte tupido y el colchón de nu-

bes grises que cubría el cielo atemperaron el sonido, una acústica a su medida. Lloviznaba.

Después del entierro le pedimos a mi prima aficionada a los jardines que plantara rosas detrás de la lápida. A mamá le encantaban. Hay tres plantas. Una crece altísima, inexplicablemente, como en el cuento de las habichuelas mágicas. La de al lado está petisa, mucho no prospera. Y la otra quedó igual de petisa que la del medio pero raquítica, enferma, al borde de la muerte. Igual sobrevive hace cinco años. Hay un rosal por cada una de las tres hijas mujeres que tuvo mamá. ¿Cuál seré yo? ¿El que crece, el que permanece o el que parece morir?

Hoy fui por tercer día consecutivo al cementerio y para los floreros de la tumba junté tres rosas rojas que me pidió papá y cinco blancas que elegí yo. Por el camino pasaron en la radio del pueblo un tema de Roxette que no escuchaba desde un verano de 1989 aburridísimo como tantos veranos adolescentes aburridísimos que pasé acá. El florero quedó feo, como de River. Le digo a papá: ¿para qué me obligás a juntar de las rojas? Sabés que no quedan bien. Él me contesta: para cortar la monotonía.

El cielo estaba rosa y cuando nos estábamos yendo, hacia abajo de la barranca donde empieza la laguna, aparecieron cientos de bichitos de luz.

2

En mi lista de deseos está morirme sin agonía, ni tribulaciones, ni dolor. Si en definitiva es lo mismo: un segundo estás, el siguiente no estás. Mi mamá, en cambio, se murió después de un largo padecimiento. En eso, como en muchas otras cosas, espero no parecerme a ella.

Tuvo tiempo de tirar todas las cartas que no quería que viéramos, de borrar los mails inapropiados, de repartir sus anillos, de hacer un último viaje, de regalarnos alguna ropa, de ordenar su mesa de luz. Mis hermanas le decían: mamá, no seas morbosa. A mí me parecía bien. Nadie quería hablar de su muerte con ella, no era un buen tema. Preferían planear cosas que nunca íbamos a llegar a hacer. Está bien visto pensar en positivo. Yo sí tenía ganas de hablar. En uno de sus

últimos días, me dijo en voz muy bajita: esto es muy difícil, tengo miedo. Estoy segura de que se estaba refiriendo al gran salto; yo acerqué mi oído a su boca para escuchar mejor pero nos interrumpió la enfermera de cuidados paliativos, que no era nada adecuada para su puesto. Hablaba demasiado y nos quería contar sobre los últimos días del Flaco Spinetta. Yo no quería hablar con ella, quería hablar con mamá.

Su último día fue un viernes. Temprano a la mañana empezó a respirar con dificultad. Tuvimos tiempo de llamarnos por teléfono los cinco hermanos, de reunirnos en su casa, de avisarle a mi tía, a mi tío, estaba papá. Entrábamos y salíamos de su cuarto, le teníamos la mano. Ella ya no habló más. Supongo que durante toda esa mañana se habrá sentido absolutamente sola, aislada, escuchando aturdida su propia respiración, como cuando hacés buceo. El sonido de la muerte. En un momento me pareció que necesitaría intimidad. Era evidente que cada bocanada de aire le estaba costando más y más. Hay ciertas cosas para las que idealmente uno necesita prescindir del público. Como cagar, como morir.

Yo me retiré de la silla que había al lado de su cama y me fui al living, con los demás, a comer lo que nos había preparado Francisca, nuestra niñera de la infancia. Francisca ya hace años que no trabaja en casa pero durante las últimas semanas de mamá volvió para co-

cinarle, ayudarla a ir al baño o a cambiarse el camisón. Era cerca del mediodía. Teníamos hambre. Fue así: mientras mamá se moría, yo estaba comiendo salame y matambre arrollado. Después pensé que nunca jamás iba a tener ganas de volver a comerlos, porque me traerían recuerdos terribles. Pero no, por supuesto. Muy pronto estuve comiendo de los dos.

Sola y aterrorizada, como todos los que vienen mirando a la muerte agazapada en un rincón, mamá aprovechó y dijo: bueno, ahora. Tomó el último soplo de aire y lo soltó.

No me acuerdo bien de la parte en que nos dijeron vengan todos al cuarto. No sé quién fue el que nos avisó. Creo que fue Francisca.